
BIBLIOTECA CENTRAL
UNIVERSIDAD CATÓLICA BOLIVIANA SAN PABLO

Discurso de
LUIS RAMIRO BELTRAN SALMON
en el Acto de Homenaje
que por haber ganado el
PREMIO NACIONAL DE PERIODISMO 1997
le brindó en Oruro el 7 de febrero de 1998
la Asociación de Periodistas.

*A la memoria de
mi querido amigo de la infancia
y decano de mis compañeros
de La Patria de Oruro,
ABRAHAM PORTILLO MEDINA
con hondo pesar por su partida.*

Estimados amigos, colegas y coterráneos:

Cuando tuve, a principios de diciembre del año pasado, el honor y la alegría de recibir en La Paz el Premio Nacional de Periodismo 1997 surgió en mi mente, como siempre, mi Oruro natal. Pensé en su prensa tradicionalmente digna, valerosa y comprometida con la verdad, la justicia y la libertad. Y sentí que de algún modo ese galardón venía a reconocer, por intermedio mío, los méritos de muchos periodistas orureños que, a lo largo de años y avatares, han sobresalido en el ejercicio de este oficio al servicio del pueblo.

No tuve noticia entonces de que aquel premio hubiera trascendido aquí en nuestra comunidad salvo por la generosa congratulación que me brindaron, e hicieron pública, quien dirige el suplemento literario “**El Duende**”, el ingeniero enamorado de las letras **Luis Urquieta**, y quien preside la Unión Nacional de Poetas y Escritores de Oruro, el vate enamorado de las etnias **Alberto Guerra Gutiérrez**.

Pero ahora, gratamente sorprendido por este homenaje, me percaté de que en realidad los profesionales que agrupan en Oruro la Asociación de Periodistas, el Sindicato de Trabajadores de la Prensa y la UCLAP, celebraron solidariamente aquella distinción y también la tomaron como propia. Ello me honra y regocija mucho porque proviene de mis hermanos de cuna y oficio, de mis orureños colegas. La asociación me abrió sus puertas en 1945 cuando yo era un chiquillo de quince años de edad. No he olvidado tal privilegio y, pese a que poco después iría a salir de Oruro para siempre, he seguido sintiéndome miembro de ella. El Sindicato me declaró miembro honorario suyo en 1984; tampoco he olvidado esa deferencia. Y, como conozco la tesonera labor de la UCLAP, me solazo con que tenga ahora capítulo orureño. Soy, pues, compañero de todos ustedes, consocio de sus aspiraciones y logros.

Agradezco de todo corazón a cada uno de ustedes este homenaje. Aprecio muy de veras las cálidas y conceptuosas palabras con que han recapitulado tan generosamente mi quehacer profesional. Y, con honda emoción, les aseguro que recordaré siempre este presente espiritual que tan fraternalmente me brindan.

Ahora, cumpliendo lo acordado con los organizadores de este acto, relataré el origen de mi ejercicio de nuestra profesión. Se puede decir que ese origen estuvo en la sangre con que llegué al mundo en Oruro en febrero de 1930. Mi padre y mi madre fueron periodistas desde la adolescencia. El, **Luis Humberto Beltrán**, era orureño; fundó en el Colegio Bolívar “**Voces Aulicas**” y fue redactor de “**La Prensa**” antes de graduarse de bachiller; trabajó posteriormente en “**La Patria**” y en “**Vanguardia**”, entre otros órganos de prensa, hizo crítica literaria y estuvo entre los fundadores de “**La Mañana**”, en vísperas de la Guerra del Chaco en la que moriría en combate en 1933. Ella, **Betshabé Salmón**, era paceña; había sido, mientras hacía el bachillerato en La Paz, colaboradora del periódico “**ABC**” del Colegio Ayacucho, así como articulista del diario “**El Hombre Libre**” que dirigía entonces Franz Tamayo y, entre 1921 y 1923, fue en Oruro co-fundadora y jefe de Redacción de una de las primeras revistas de mujeres de Bolivia: “**Feminiflor**”. De ambos decían sus amigos que tenían el don de la palabra, la virtud de hablar y escribir bien.

Desciendo, en efecto, de gente enamorada de las letras. Creo que la tendencia a esa pasión así heredada comenzó a manifestarse temprano en mí. Pero pienso que ésta no se habría desarrollado mayormente de no ser por el estímulo que para ello me brindó - con amorosa perseverancia - mi

madre, doña “Becha”, en múltiples maneras. Gracias a ella, aprendí a leer ya antes de entrar al jardín de niños. Gracias a ella disfruté desde mi más tierna infancia de libros y revistas maravillosos. Gracias a ella me empeñé, desde los primeros tramos de la escuela primaria, en cultivar la escritura - chistes, pensamientos, oraciones patrióticas e inclusive algún cuentecillo - y me atreví a hablar en público en horas cívicas, cumpleaños y sepelios. Gracias a ella tuve entre mis juguetes favoritos a una imprenta de tipos móviles - con la que hice con mi hermano menor, **Oscar Marcel (“Pochito”)**, periodiquillos como a los 8 años de edad - y un micrófono conectado al receptor de la casa para jugar a la radio, como a los 9 años de edad. Gracias a ella tuve la fortuna de conocer en Buenos Aires, cuando tenía 10 años de edad, a uno de los ídolos de mi infancia: el escritor uruguayo **Constancio Vigil**. Y gracias a ella comencé a trabajar en un diario a mis 12 años de edad.

Ese diario fue “**La Patria**” que fundara don **Demetrio Canelas** en 1919 y en la que mi padre había sido redactor y mi madre firmara una columna con el seudónimo de “Princesita Azul”. Dirigía ahora ese matutino don **Ulises Peláez**, amigo de ellos. Ante él me llevó mi madre en un día para mí inolvidable de 1942, cuando cursaba yo el sexto curso de primaria en el hermoso Colegio Alemán. “*Quiere ser periodista, Ulises*”, le dijo ella. Con una benevolente sonrisa, el caballero le contestó: “*Ya veo, Becha, el chico trae la tinta de imprenta en las venas*”. Luego de preguntarme si me iba bien en gramática en la escuela, el director me expidió con su firma y sello un tarjeta credencial en la que, debajo de mi nombre, decía “Auxiliar de Reporter de La Patria”. Apenas atiné a decirle gracias. Dándome una palmadita en el hombro, aquietó mi turbación así: “*Aquí aprenderás practicando; te va a ir bien, Morito*”. No lo podía creer. Salí de su despacho feliz y orgulloso, abrazando a mi madre que tampoco podía ocultar su emoción.

Al día siguiente, apenas salí del colegio, corrí a presentarme al jefe de Redacción, entonces **José Gordillo**, un joven cochabambino que hacía su último año de secundaria en Oruro. Pero me encontré primero con el administrador, **Víctor Miranda Calvimontes**, amigo de mis padres. El me habló con afecto y me sugirió que comenzara por ir a la Catedral a anotar registros de bodas, defunciones y bautizos y que luego pasara por la Asistencia Pública y preguntara por accidentes o hechos de sangre. “Becho”, como lo llamaban, me aconsejó que más bien buscara al jefe ya con esas informaciones en las manos. Vacilé un instante, pero decidí obrar de tal modo. Aunque el sacristán no respondió de muy buen grado a mi requerimiento, conseguí alguna información y me sentí como si hubiera hecho una hazaña. Estimulado por esto, pedí con cierto aplomo datos en la Asistencia Pública, pero me costó entenderlos por la forma poco clara en que se expresaba aquel barchilón sorprendido acaso de que hubiera un niño periodista. De todas maneras, llegué triunfalmente al periódico, entonces situado en la calle Adolfo Mier cerca de la esquina de la Plaza 10 de Febrero. Con una mezcla de temor y felicidad entregué a un redactor mis primeros datos para noticias. Las recibió - creo - con cierta sorpresa y complacencia.

Al entrar así, por primera vez, a la Sala de Redacción me sentí como flotando en un sueño. Yo había visto algunas en revistas y películas, pero ahora estaba en una de verdad y no andaba de visita en ella. Gordillo - con su nariz rojiza y su chompa negra del Colegio Bolívar - me recibió amablemente, me preguntó si sabía escribir a máquina y me asignó una mesita en la que había una “Underwood”, la que iría a ser mi fiel compañera por largo tiempo. La sala, de altos muros revestidos con calendarios de guapas bañistas y de futbolistas famosos, era algo oscura. Pero su ambiente se hacía animado por las tertulias que unos seis u ocho redactores intercalaban con el teclado de sus artículos. Todos ellos fueron amigables y serviciales conmigo. Abundaban en la atmósfera los apuntes graciosos, el tintineo de las tazas con “té con té” y el humo de cigarrillos. Cada vez que un

redactor terminaba su crónica, llevaba las carillas al jefe. Este las revisaba con lápiz rojiazul y las pasaba a los talleres mediante una suerte de polea, provista de un gancho para papeles, que conectaba al piso superior con el del nivel de la calle, el que albergaba a la administración y a los talleres gráficos. Esos talleres llegarían pronto a fascinarme porque hacían la magia de transformar los escritos en impresos mediante composición tipográfica manual y linotípica. Yo pasaba largos ratos contemplando a un “cajista” que vestía traje negro y corbatín; era don **Antonio Carvajal** que escribía sus notas sindicales directamente en la tipografía manual que dominaba. También admiraba la pericia con que el afable y servicial don **Pablo Arrieta** armaba las columnas de plomo en unos marcos de hierro para formar las páginas. Y me agradaban el rítmico sonido de la prensa y sus aromas de tinta y gasolina. Hice en esos talleres una amistad entrañable con dos hábiles operarios que solo tenían unos pocos años más que yo: **Abraham Portillo Medina**, de cuya reciente muerte acabo de enterarme con el más hondo pesar, y **Luis Díaz Matta**, con quien tuve el placer de reencontrarme hace poco. Ambos se hicieron además periodistas y llegaron a ser respetados líderes cívicos.

En los primeros cuatro o seis meses de debut periodístico mi única remuneración era una entrada semanal de cortesía al cine Palais Concert; pese a su modestia, me halagaba este privilegio. Luego, cuando ya pude escribir algunas breves crónicas por cuenta propia y tomar asignaciones de más responsabilidad en la calle, me dieron además un pequeño sueldo. Fui aprendiendo el oficio, como todos entonces, por ensayo y error, analizando a veces otros diarios y siguiendo sencillos consejos ocasionales de redactores con años de experiencia.

Me fascinaba tanto la atmósfera del periódico que no pocas noches llegaba a mi casa después de la hora que mi madre consideraba razonable. Ella renegaba por esto, pero me era difícil enmendar tal falla porque había hecho del periódico una suerte de segundo hogar. Doña Becha se ingenió un día un recurso eficaz para corregir esa conducta. Me advirtió con severidad que, si volvía a llegar muy tarde a la casa, me enviaría la empleada al periódico con un vaso de leche y un pastel “*para el niño Morito*”. Con solo imaginarme lo oprobioso que aquello hubiera sido para mí - que ya me sentía todo un señor periodista - retorné en definitiva a la puntualidad prometida para que las trasnochadas “bohemias” no fueran a perjudicar mi rendimiento colegial. Y así seguiría en “**La Patria**”.

Recuerdo de ese período especialmente la primera vez que hice una entrevista extensa a un personaje importante, las pocas veces que escribí artículos con firma y la única vez que viajé como enviado especial a la inauguración de una represa en Tacagua por el entonces Ministro de Agricultura, don **Julio Zuazo Cuenca**. Allá conocí, deslumbrado, a redactores y fotógrafos de diarios de La Paz, tomé el primer trago de whisky en mi vida - que me supo espantoso - y vi con asombro la cámara “Speed Graphic” que lucían los fotógrafos de la prensa capitalina.

Como a principios de 1943, don Ulises dejó el periódico y lo reemplazó en la dirección el abogado **Felipe Iñiguez Medrano**, dirigente del flamante Partido de la Izquierda Revolucionaria. También se fue José Gordillo, a quien sucedió, si no recuerdo mal, otro joven periodista cochabambino, **Rafael Peredo**. Yo trabajé un breve tiempo más en “**La Patria**” no solo con don Felipe sino con don **Luis Herrero**, industrial minero y dirigente político que asumió la conducción del diario del que era entonces dueño. Creo que **Alex Irahola** y **Rodolfo Irahola** desempeñaron sucesivamente la jefatura de Redacción en ese período. Y, si no me equivoco, ya publicaba entonces

el periódico la graciosa columna “Don X El Soñador” del irónico crítico social don **Alfredo Calderón**. Disfruté de la amistad de todos ellos. Y también de visitantes como el simpático minero **Marcos Grubsic Marckovic** que nos traía sus artículos junto con pasas y nueces. Sin embargo, por razones que no recuerdo, también yo dejé aquel periódico como a fines del 43.

Trabajé entonces por muy corto lapso en el matutino “**La Mañana**”, del que mi padre fuera cofundador, el que dirigía entonces **José Antonio Muñoz**. Dejé ese empleo por una oferta con la que me sentí muy honrado. Provino de la familia de don **Fernando Loaiza Beltrán**, periodista y político orureño, amigo de mi padre, que había dirigido “**La Patria**” en tres oportunidades. Los Loaiza Beltrán fundaron entonces uno de los pocos vespertinos de Oruro, “**Sajama**”, cuyo director fue el apostolar pedagogo rural y periodista don **Carlos Loaiza Beltrán**. El me distinguió nombrándome jefe de Reporteros de aquel diario en 1944, cuando tenía yo catorce años de edad. Por la precariedad de la maquinaria empleada y por la insuficiencia de dinero, resultó muy difícil y sacrificada la publicación de “**Sajama**”; sin embargo, éste llegó a dejarse sentir por el público al cabo de pocos meses. Pero en noviembre de aquel año, otro de los miembros de dicha familia, el ingeniero **Humberto Loaiza Beltrán**, halló muerte violenta en Challacollo por obra de la represión de un complot contra el gobierno militar-movimientista del Presidente Gualberto Villarroel. El terror enmudeció al vocero instantáneamente y para siempre. Y, por el resto de aquel año, mi ejercicio periodístico se vió constreñido a la dirección de “**Vanguardia Estudiantil**”, una revista que fundé con mi hermano **Oscar Marcel Beltrán** y con mi amigo **Abraham Portillo Medina**. Nuestro empeño fue grato pero efímero.

En 1945 volví a “**La Patria**”, mientras trabajaba de día como Oficial de Información de la Dirección Departamental de Sanidad gracias a un generoso llamado de su responsable, el doctor **René Zavaleta Arroyo**. Y, como si tales estudios y dos empleos no me dieran suficiente ocupación, se me ocurrió además servir como Inspector de Tránsito ad-honorem, teniendo por superior al jefe de Patrulleros, el **Tte. Juan Pepla**.

Yo estaba muy feliz haciendo todas esas cosas. Cumplía mis sueños infantiles de ser reportero y patrullero. Pero mi madre sufría con ello pues temía - con su intuición y talento singulares - que no fuera a terminar el bachillerato y así no lograría llegar un día a ser un profesional como mi padre lo anhelara. Con la generosa ayuda de un tío suyo, el Gral. **Adalid Tejada Fariñas**, dona Becha consiguió para mí una beca como interno en el Instituto Americano de La Paz. Tuve, pues, que despedirme de mi Oruro y dedicarme a estudiar en 1946 en aquel establecimiento el cuarto grado de la secundaria, de cuyo periodiquillo me hicieron editor mis condiscípulos.

En vísperas de comenzar la vacación de fines de aquel primer año mío en ese maravilloso colegio, recibí una carta por la que el nuevo director y copropietario de **La Patria**, don **Enrique Miralles**, me invitaba a asumir, a mis 16 años de edad, la jefatura de Redacción de aquel matutino al que a la sazón yo venía sirviendo como corresponsal en La Paz. Acepté con emoción y agradecimiento tan inesperada y honrosa designación y me embarqué poco después, jubiloso, de regreso a mi pueblo.

Llegué a Oruro rebosante de entusiasmo para asumir mis responsabilidades y con la firme intención de hacerlo bien. Pero solo habían transcurrido unos pocos días de que comenzara a desempeñarme en el cargo cuando recibí un apremiante llamado de mi madre para ir sin demora a La

Paz. Mediante conferencia telegráfica con mi prima hermana **Carmen Rosa Zamorano**, doña Becha me hacía saber que el director de mi colegio, el doctor **Carl Bell**, había presentado mi nombre a un concurso para representar a Bolivia en un Foro Internacional de Estudiantes de Secundaria que auspiciaba el diario **New York Herald Tribune**. Como los demás candidatos ya habían pasado por los tres exámenes requeridos para efectuar la selección, yo debía presentarme en La Paz de inmediato para hacer lo propio. En vez de entusiasmarme, el asunto me confundió porque me azareaba y atribulaba dejar de pronto el puesto que acababa de asumir y porque, sabiendo poco inglés, no me consideraba debidamente calificado para competir en aquel certamen. Pero, en la imposibilidad de defraudar a mi maestro y desobedecer a mi madre, pedí permiso al director del periódico para ausentarme un par de días en la certeza de que, no hallando lógico esperar que yo ganara el concurso, me reintegraría al cargo apenas hubiera pasado por los exámenes. Sin embargo - tal como lo esperaba mi maestro, como lo soñara mi madre y como lo intuyera mi director - resulté escogido para hacer ese viaje a la fabulosa New York junto con mi íntimo amigo orureño, y condiscípulo en La Paz, **Ronald Arellano Sánchez**. Mi sorpresa fue enorme y la dicha de mi madre, inenarrable.

Pensé volver a Oruro cuanto antes. Pero me di cuenta de que no tenía sentido retornar a “**La Patria**” por solo unas cuantas semanas y de que tenía mucho que hacer en La Paz en preparación del viaje. Un viaje increíble, como un cuento de hadas, en el que unos treinta jóvenes latinoamericanos - tratados cual diplomáticos - iríamos a vivir en casas de colegiales, conocer maravillas y alternar con grandes figuras de la época, como el banquero **Nelson Rockefeller**, el líder político **Víctor Raúl Haya de la Torre**, el Alcalde de New York **Fiorello La Guardia**, el Cardenal **Spellman** y la actriz **Ingrid Bergmann**.

No me reincorporé, pues, a mi querido diario y a mi entrañable tierra natal tuve que decirle “Adiós, Oruro del Alma”. También mi madre se vino a La Paz y, dejando yo el internado, nos organizamos para residir en ella.

Treinta y siete años después, en marzo de 1984, volví a mi Oruro llevándole, alborozado, el **Premio Mundial de Comunicación “McLuhan-Teleglobe del Canadá”** - que había tenido la fortuna de ganar en diciembre de 1983 - y la **Condecoración del Cóndor de los Andes** que el **Presidente Siles Zuazo** me confiriera por ello. Dije entonces en público palabras como estas:

“... Comencé en Oruro, este premio es de Oruro, es mi homenaje de gratitud a mi pueblo, para que sea una Patria unida, sana, digna, libre y progresista... Aquí nací y pasé mi infancia, aquí conocí a algunos de mis mejores amigos y aquí comencé a crecer aprendiendo a amar a Bolivia... Cada vez me siento más boliviano y más orgulloso de ser orureño. Y cada vez admiro más a mi pueblo y lo respeto mucho más... Por eso he traído los premios, porque ellos son para ustedes...”

Hoy, reiterándoles mi reconocimiento por su fineza, les digo aquí muy sincera y afectuosamente lo mismo: el **Premio Nacional de Periodismo 1997** es de ustedes. Es de Oruro porque yo soy de Oruro, como lo son ustedes. Y porque fue en Oruro - en esta “*alta tierra del corazón ardiente*” - donde me inicié en el culto irrenunciable de lo que bien ha llamado García Marquez el más bello de todos los oficios.